

DESDE **6** AÑOS

# Ramiro Mirón o el ratón espía

Sara Bertrand

Ilustraciones de Leonor Pérez

Ramiro es el más pequeño de su colonia, ella, la menor de su familia. Él la observa todo lo que puede sin que ella lo note. El problema es que el ratoncito es muy tímido, pero hay otro peor: la guerra que parece no tener fin entre su familia y la de la niña, ¡es una familia de humanos!



ALFAGUARA  
INFANTIL



ALFAGUARA

Sara Bertrand

Ramiro Mirón o el ratón espía

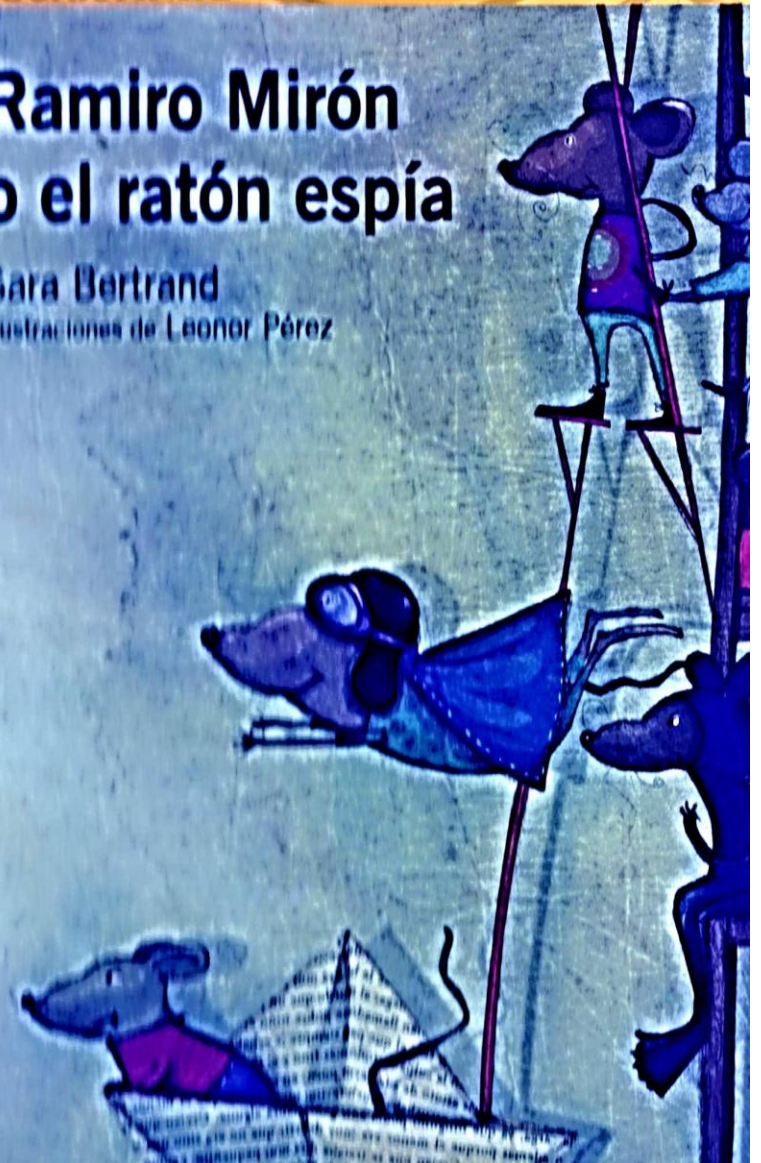


ALFAGUARA INFANTIL

# Ramiro Mirón o el ratón espía

Sara Bertrand

Ilustraciones de Leonor Pérez



ALFAGUARA

© Del texto: 2010, Sara Bertrand  
© De las ilustraciones: 2010, Leonor Pérez  
© De esta edición:  
2010, **Aguilar Chilena de Ediciones S.A.**  
Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia  
Santiago de Chile  
[www.librosalfaguarainfantil.com/cl](http://www.librosalfaguarainfantil.com/cl)

ISBN: 978-956-239-783-4  
N° Inscripción: 187.642  
Impreso en Uruguay/Printed in Uruguay  
Primera edición: septiembre 2010  
Tercera edición: enero 2012

Diseño de la colección:  
Manuel Estrada

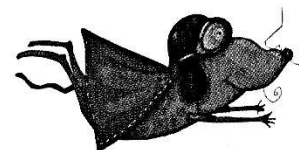
Una editorial del grupo **Santillana** con sedes en:  
España • Argentina • Bolivia • Brasil • Chile • Colombia •  
Costa Rica • Ecuador • El Salvador • EE.UU. • Guatemala •  
Honduras • México • Panamá • Paraguay • Perú • Portugal •  
Puerto Rico • República Dominicana • Uruguay • Venezuela

Todos los derechos reservados.  
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en  
todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida  
por, un sistema de recuperación de información,  
en ninguna forma ni por ningún medio, sea  
mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético,  
electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin  
el permiso previo por escrito de la Editorial.

# Ramiro Mirón o el ratón espía

Sara Bertrand

Ilustraciones de Leonor Pérez



ALFAGUARA  
INFANTIL

Dicen que somos diferentes.  
Que no podemos vivir juntos, dicen.



Que es imposible que habitemos el mismo terreno, como de hecho lo venimos haciendo desde antes que nacióramos, pues mis padres pelearon con sus padres y antes lo hicieron mis abuelos y los suyos.

Dicen que existe un abismo entre unos y otros, que no podemos ocupar la misma casa. ¿Será cierto?

Mis hermanos piensan así y se mantienen en una lucha infernal por la conquista minúscula de territorios.

Un día están en la cocina, otro en el comedor y se ríen a carcajadas cuando descubren el descontento en la mirada de los padres de ella. Sucede cada vez que detectan nuestros rastros...

Y es que mis hermanos no son precavidos, dejan huellas por todos lados...

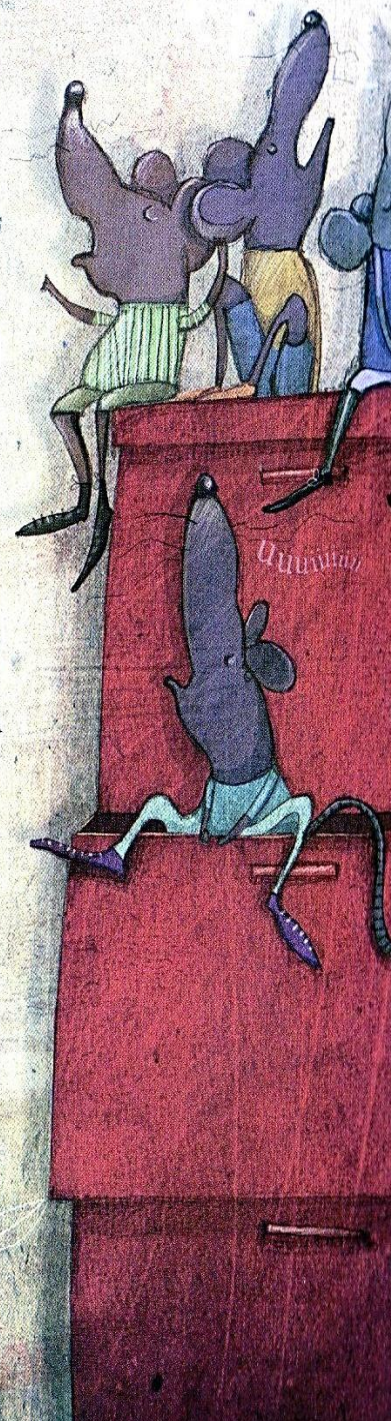
Que una pata, que una miga, que una manzana mordisqueada... Lo hacen a propósito.

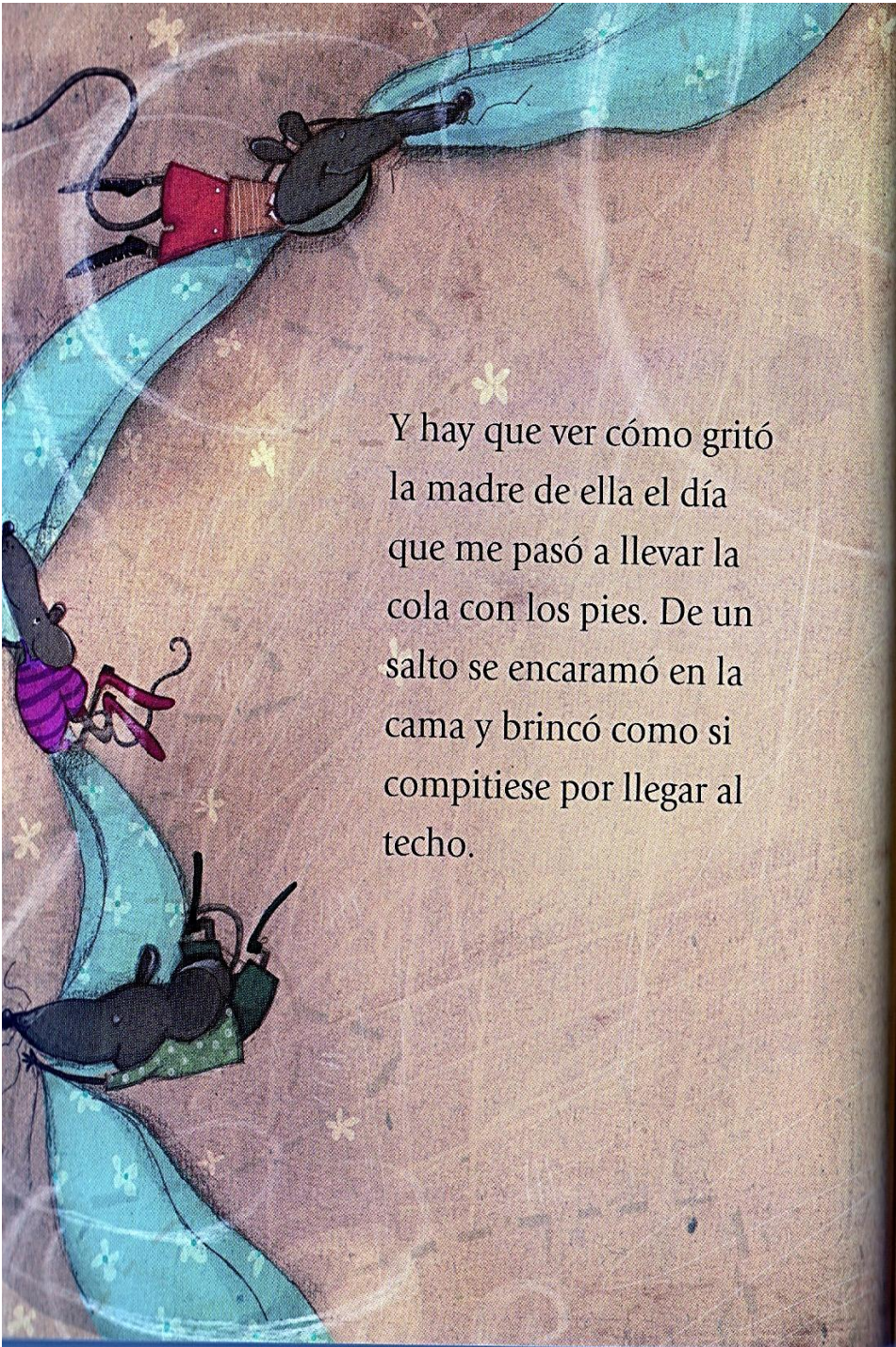


–¡Pleito, pleito, pleito! –chiflan mientras se alistan para el combate.

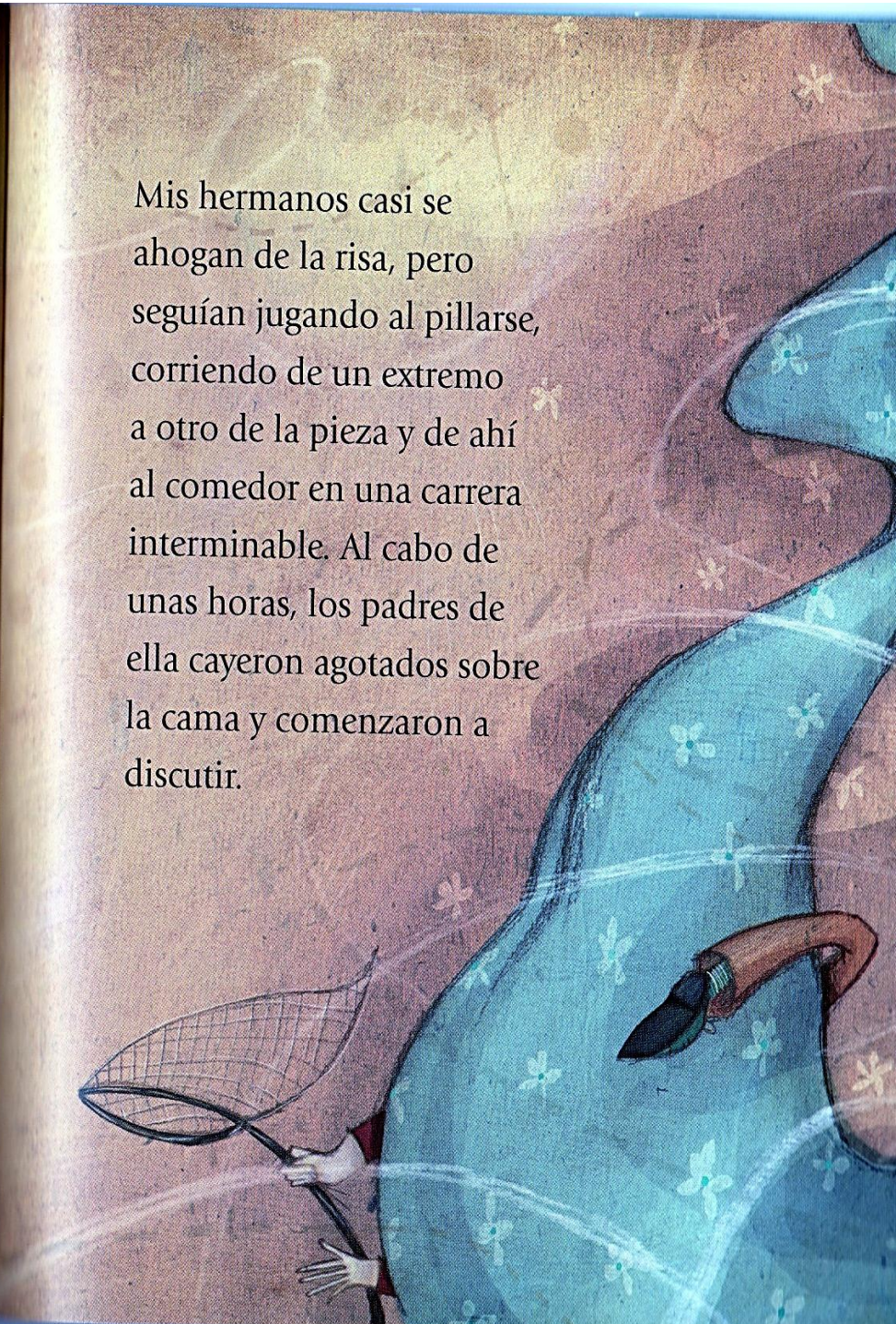
Una guerra que no tiene cuartel, porque los padres de ella no se preocupan de la hora ni del lugar; les basta distinguir alguna huella nuestra para desencadenar una reacción inmediata: recorren la casa con palos y escobas, revisan debajo de las camas y adentro de los clósets, en la cocina, en el living.

Y mis hermanos, que toman esta lucha a la ligera, juegan al pillarse. Asoman la nariz entre las patas de una mesa o saludan con su mejor cara desde lo alto de una cómoda, elevando el tono de sus silbidos hasta alcanzar notas increíbles.

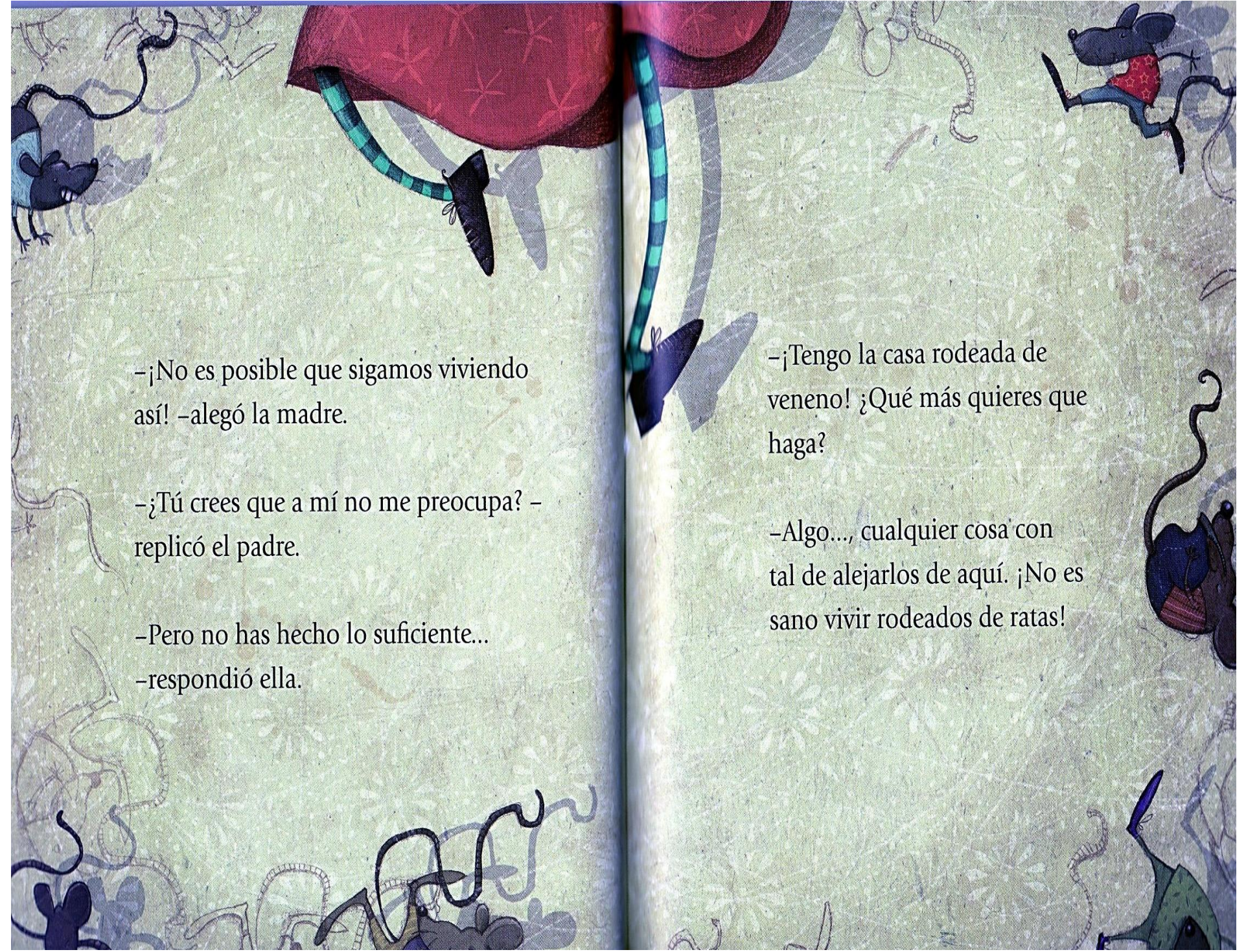


An illustration on the left page of a book. It shows a brown mouse wearing a red shirt and a purple mouse on a winding blue stream with small white flowers. The background is a textured, light brown color with faint yellow star-like patterns.

Y hay que ver cómo gritó  
la madre de ella el día  
que me pasó a llevar la  
cola con los pies. De un  
salto se encaramó en la  
cama y brincó como si  
compitiese por llegar al  
techo.

An illustration on the right page of a book. It shows a hand holding a net over a winding blue stream with small white flowers. A mouse is visible in the stream. The background is a textured, light brown color with faint yellow star-like patterns.

Mis hermanos casi se  
ahogan de la risa, pero  
seguían jugando al pillarse,  
corriendo de un extremo  
a otro de la pieza y de ahí  
al comedor en una carrera  
interminable. Al cabo de  
unas horas, los padres de  
ella cayeron agotados sobre  
la cama y comenzaron a  
discutir.



-¡No es posible que sigamos viviendo así! -alegó la madre.

-¿Tú crees que a mí no me preocupa? -replicó el padre.

-Pero no has hecho lo suficiente...

-respondió ella.

-¡Tengo la casa rodeada de veneno! ¿Qué más quieres que haga?

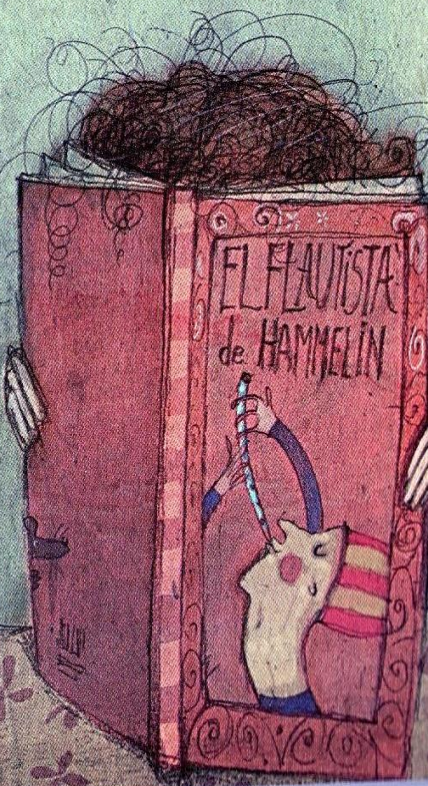
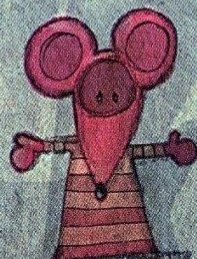
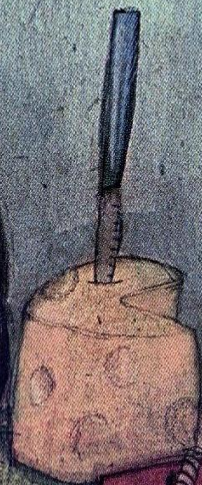
-Algo..., cualquier cosa con tal de alejarlos de aquí. ¡No es sano vivir rodeados de ratas!

Cuando los escuché se me revolvió el estómago. Agaché mis orejas y me fui a mirarla a ella.

Me entristece tanto esta guerra permanente. ¡Como si el hecho de ser ratón no fuera suficientemente difícil para que mis hermanos se rieran de esa manera! Cada episodio de esta batalla empeora tanto

nuestras condiciones, de por sí complicadas y sometidas a muchos peligros, que me pregunto ¿por qué enojar de esa manera a nuestros vecinos?

Pero, ¿quién puede discutir con mis hermanos si son miles, millones, cientos de millones?

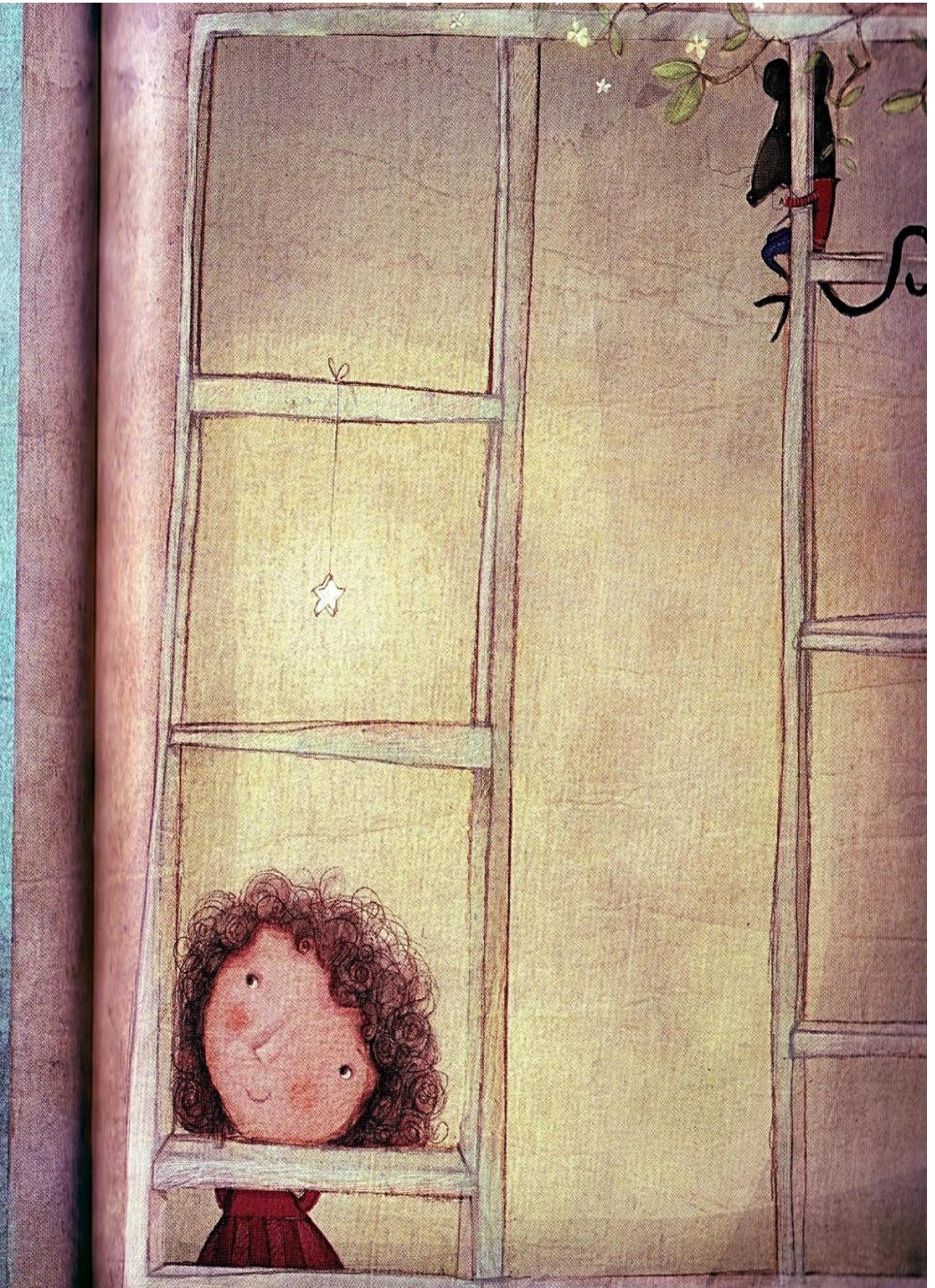


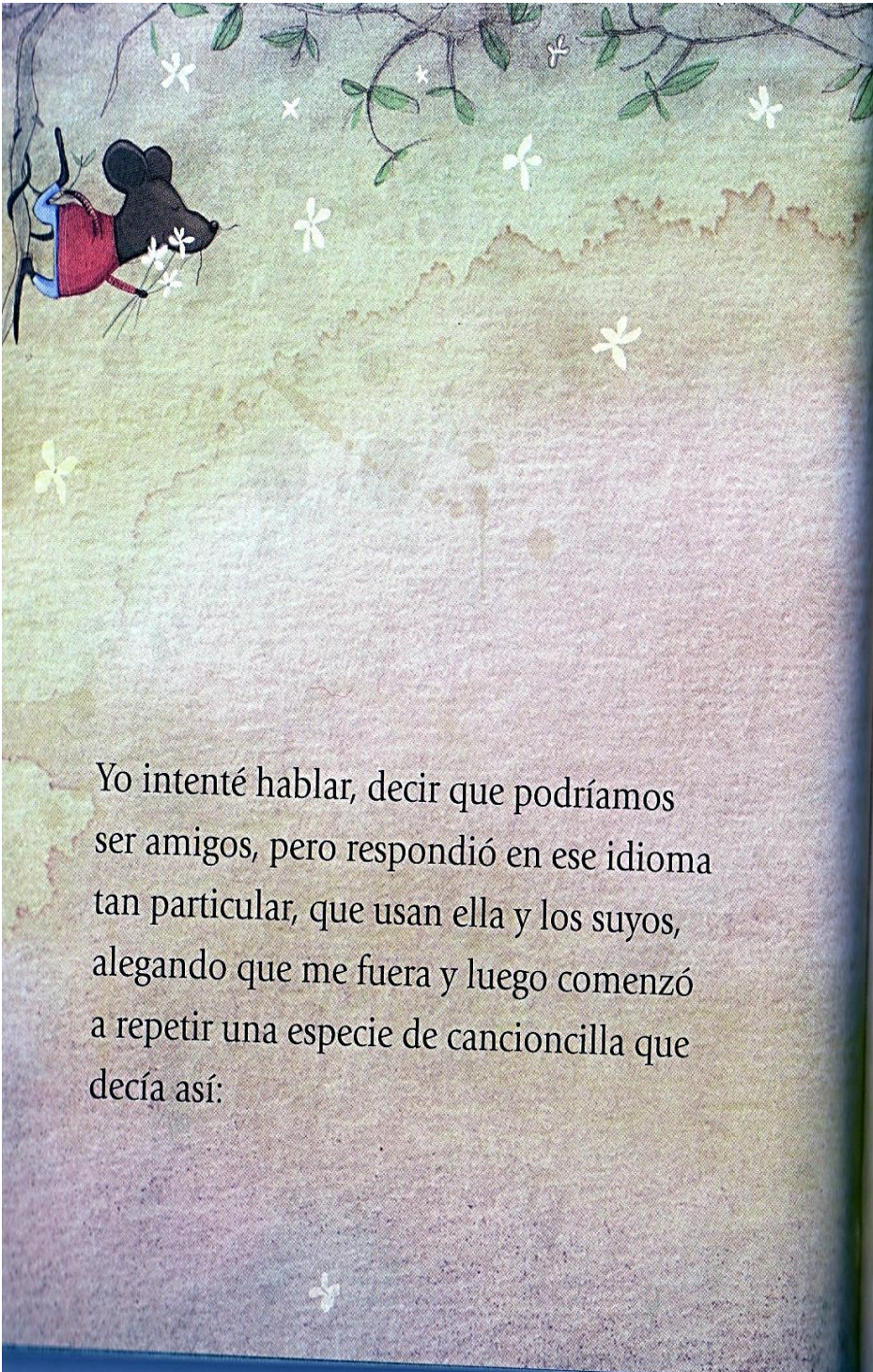


Se arrastran en esta lucha desquiciada sin atenerse a las consecuencias porque más tarde nos taponean las pasadas, esconden la fruta y llenan con un veneno hediondo nuestras alcantarillas. Mis hermanos se mantienen firmes, ideando cada día nuevas formas de acceder a esos territorios.


Por eso prefiero abstenerme de esta disputa y pasarme las horas espíandola.

Tengo un lugar especial en su ventana,  
oculto en un rincón por las hojas de  
una enredadera muy perfumada. Dicen  
que es un jazmín, aunque a mí no me  
consta, pues de plantas entiendo poco.  
Pero me sucedió una vez que me dejé  
llevar por su aroma dulzón y, mareado,  
salí despreocupado de mi escondite;  
entonces, ella me descubrió, dio un salto  
hacia atrás y aleteó con sus manos, como  
advirtiéndome que me alejara de su  
ventana.



A black mouse wearing a red dress is perched on a branch with green leaves and small white flowers. The background is a textured, light green and yellowish surface with scattered white flowers.

Yo intenté hablar, decir que podríamos ser amigos, pero respondió en ese idioma tan particular, que usan ella y los suyos, alegando que me fuera y luego comenzó a repetir una especie de cancioncilla que decía así:

A girl with curly black hair and rosy cheeks is shown in profile, looking out from a window. She is wearing a red dress. The background is a textured, light green and yellowish surface with scattered white flowers.

-¡Shu, shu, shu! -lo hizo entornando sus labios en una mueca tan divertida, que me hizo reír.

Otras veces debo salir arrancando aunque ella no me haya visto, porque mis hermanos aprovechan esos momentos de inocente observación mía para tirarme cáscaras de nueces o avellanas. Les gusta jugar a mis hermanos...

¿Y qué hago yo en esos momentos? Aguanto lo que puedo, agacho la cabeza y muevo mis orejas de manera que queden bien pegadas al cuello.



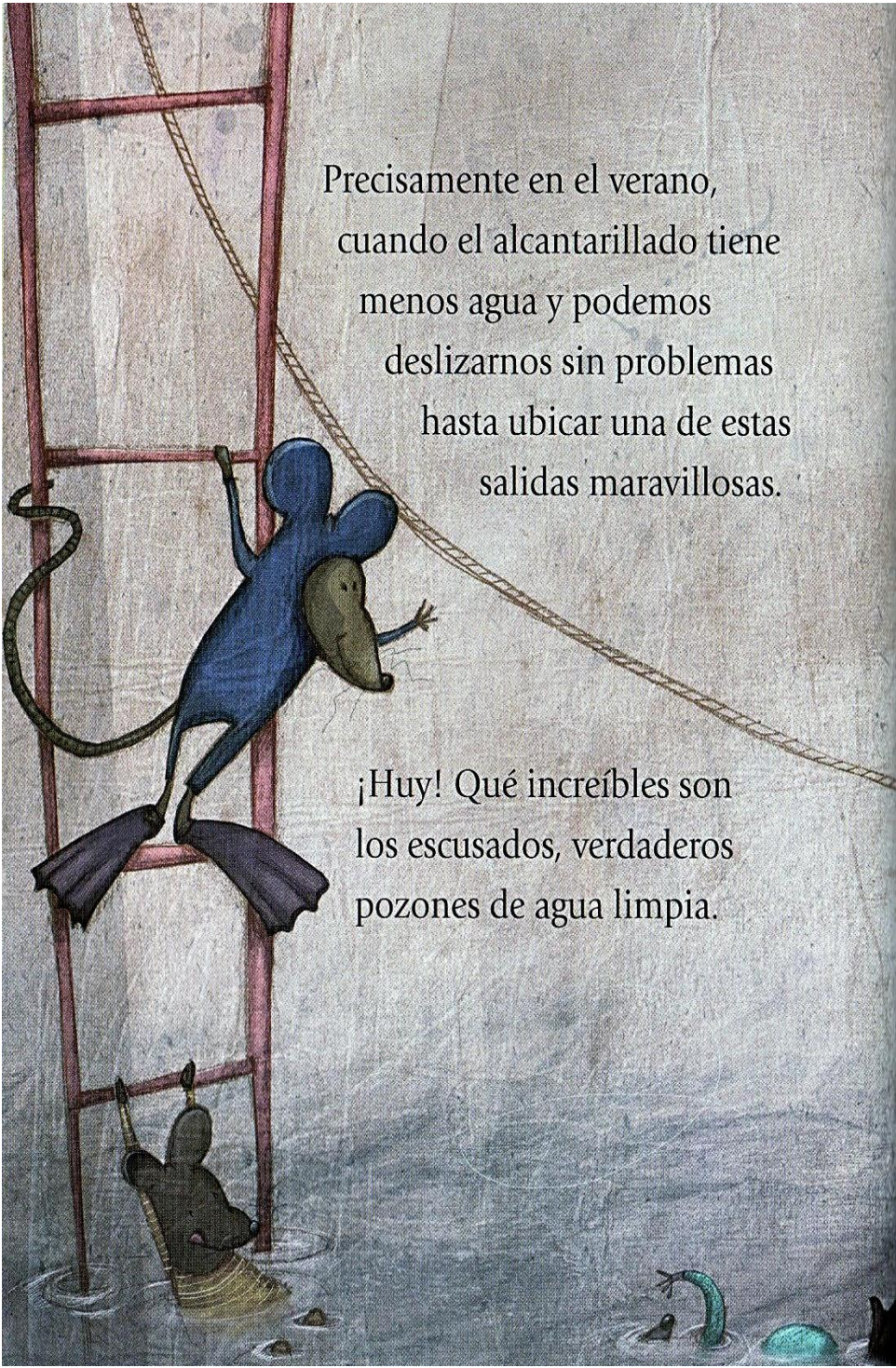
Así puedo esquivar mejor la lluvia de mugres que me cae encima, pero su insistencia termina por derrotarme y me marchó trepando enredadera arriba.

Porque nosotros -nuestra colonia- vivimos la mayor parte del tiempo arriba, mientras ella y sus padres permanecen abajo. Sí, sí, ocupamos la misma casa, pero no el mismo espacio, aunque mis hermanos se empeñen en alcanzar lo contrario.



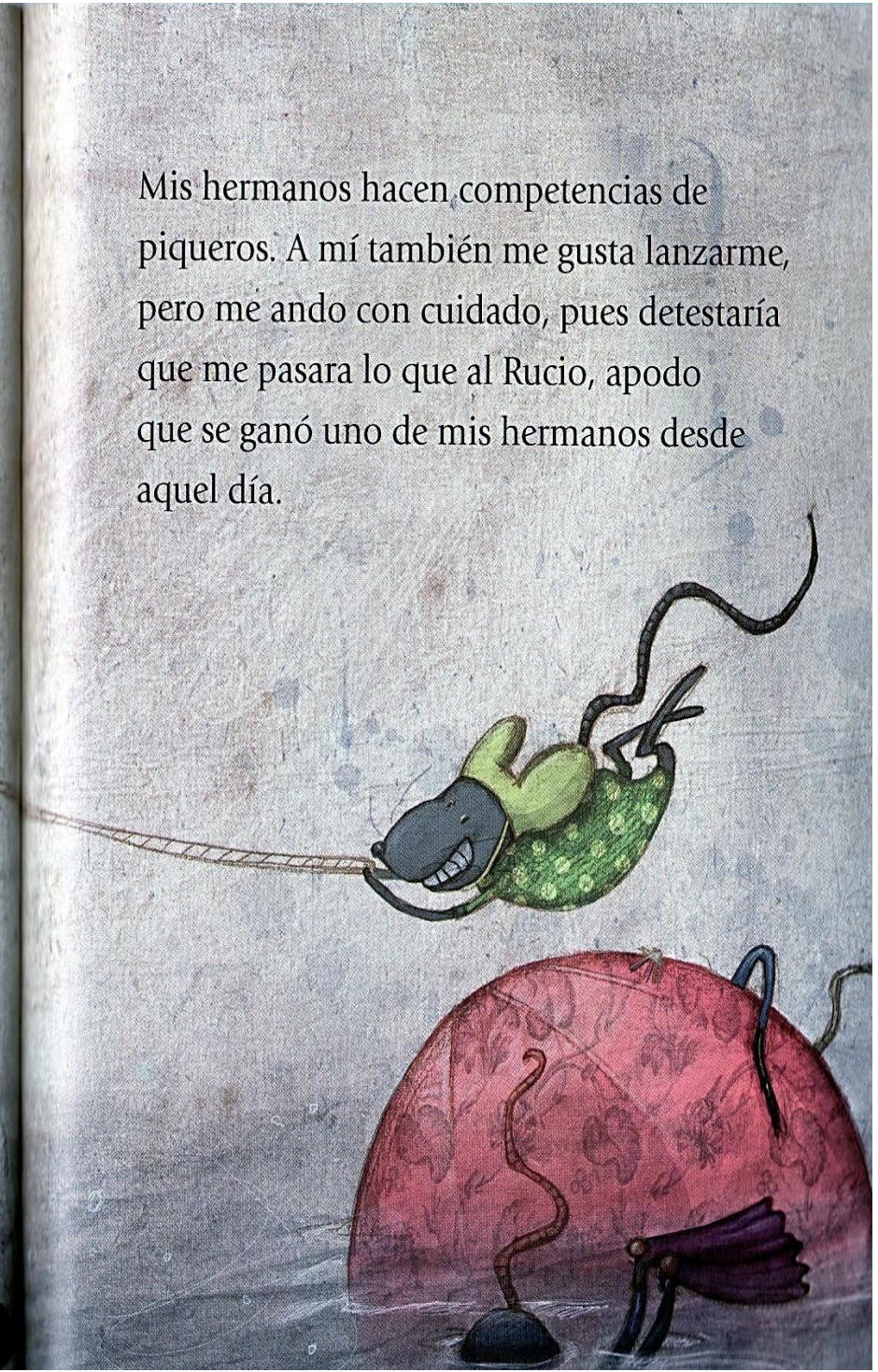
A veces, eso sí, cuando el calor es insoportable, preferimos trasladar nuestro campamento hacia abajo y habitar las alcantarillas. Es que nos gusta el agua; la humedad es nuestro quinto elemento, podríamos decir, después del placer que nos ofrecen los escusados...



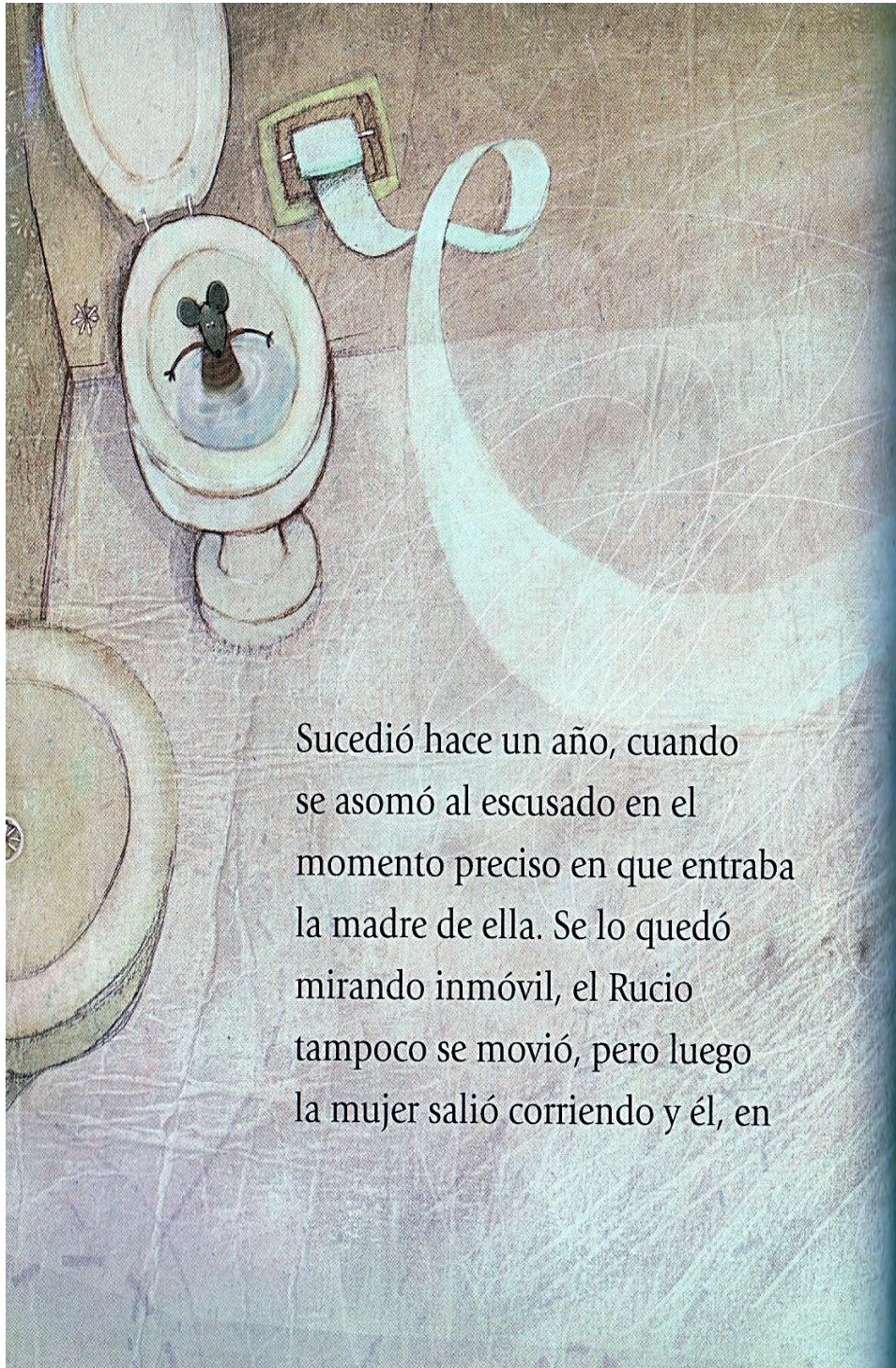


Precisamente en el verano,  
cuando el alcantarillado tiene  
menos agua y podemos  
deslizarnos sin problemas  
hasta ubicar una de estas  
salidas maravillosas.

¡Huy! Qué increíbles son  
los escusados, verdaderos  
pozones de agua limpia.



Mis hermanos hacen competencias de  
piqueros. A mí también me gusta lanzarme,  
pero me ando con cuidado, pues detestaría  
que me pasara lo que al Rucio, apodo  
que se ganó uno de mis hermanos desde  
aquel día.



Sucedió hace un año, cuando se asomó al escusado en el momento preciso en que entraba la madre de ella. Se lo quedó mirando inmóvil, el Rucio tampoco se movió, pero luego la mujer salió corriendo y él, en

cambio, siguió ahí, paralizado por el terror o la curiosidad ¿Quién puede saberlo? El asunto es que el Rucio no arrancó.



Le chillamos desde el fondo del escusado que bajara, que corriera con nosotros alcantarilla fuera, pero el Rucio hizo como que no escuchó y esperó quieto hasta que la señora volvió. Ella ingresó al baño de sopetón con un frasco de cloro en la mano y, sin mirarlo siquiera, se lo vació todo encima. Desde entonces, su piel, a diferencia de la negra nuestra, es clara y desteñida.

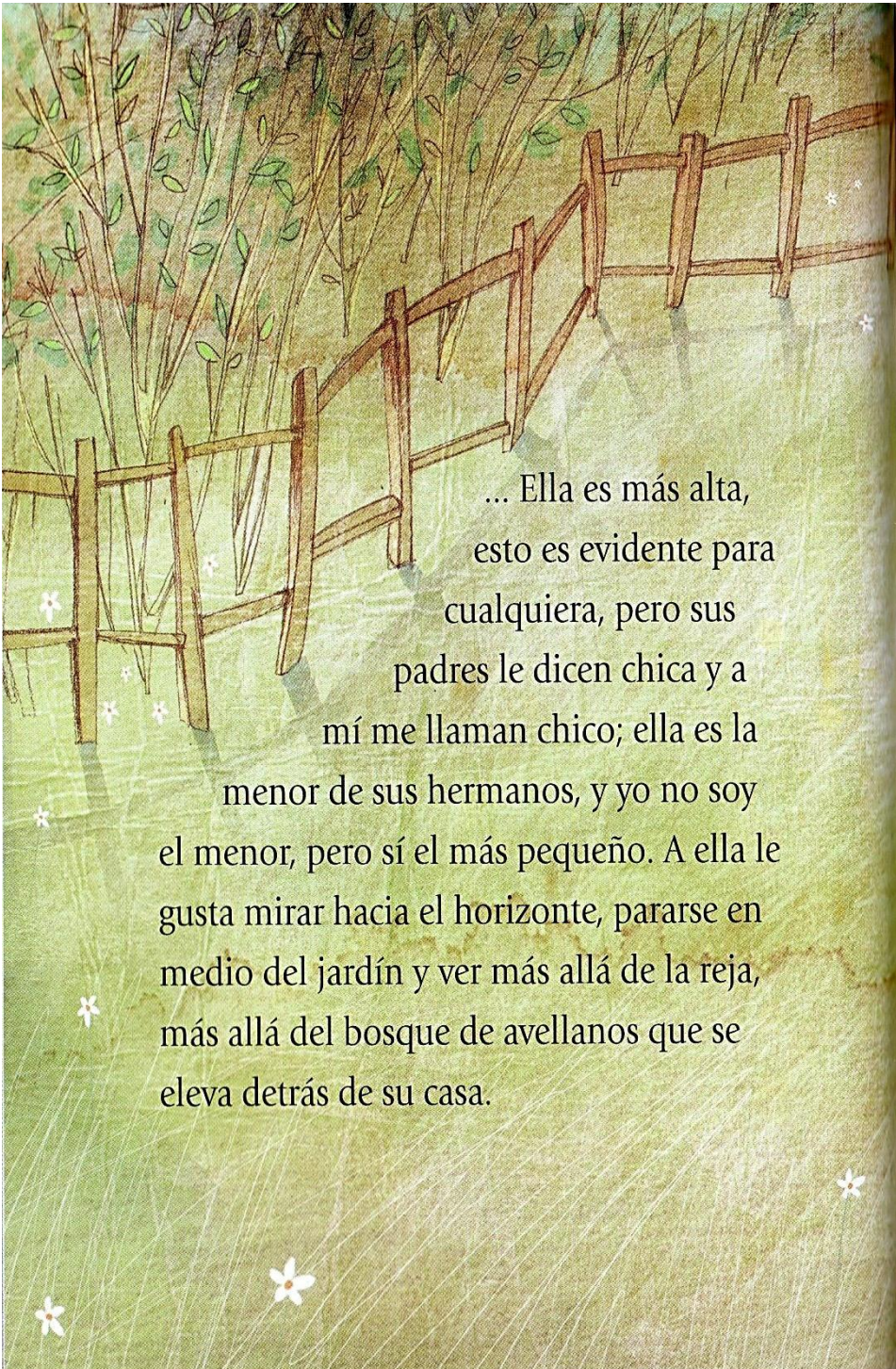
Aparte de las batallas que libramos con los padres de ella, nuestra vida tiene sus momentos.



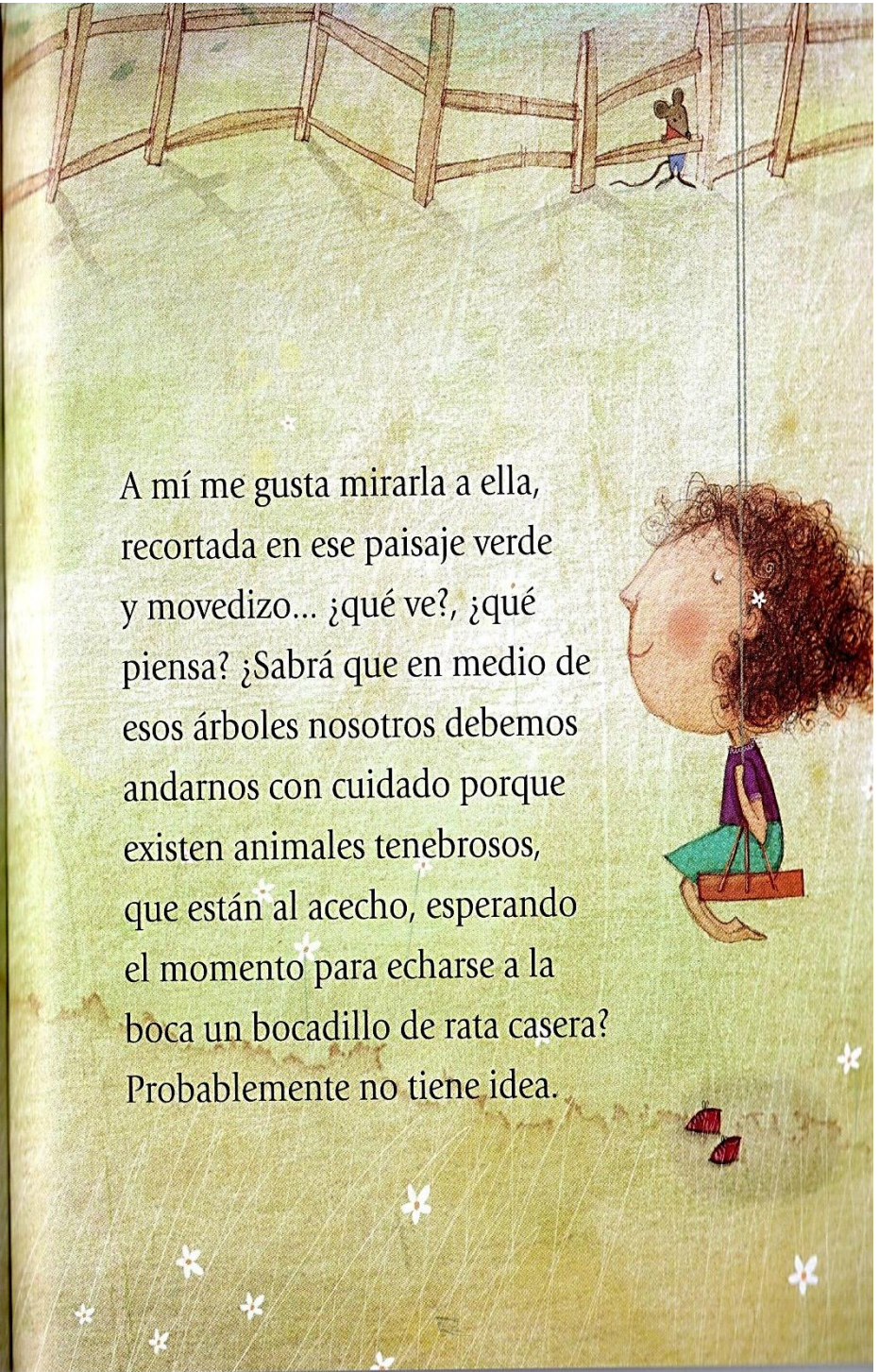
Aunque siendo sincero, los mejores para mí son aquellos en los que la espío a ella. Mis hermanos están convencidos de que nunca podré ser su amigo. Dicen que crecerá (mientras yo permaneceré igual de pequeño) y que reemplazará los inocentes aleteos de sus brazos por los golpes crueles de una escoba... Se me eriza la piel del lomo de puro pensarlo.

La amenaza logra detenerme a ratos. Me hace pensar en alejarme de su ventana, pues nuestras diferencias son, después de todo, imposibles de superar. Pero más tarde me pillo hurgando en lo mucho que compartimos...





... Ella es más alta,  
esto es evidente para  
cualquiera, pero sus  
padres le dicen chica y a  
mí me llaman chico; ella es la  
menor de sus hermanos, y yo no soy  
el menor, pero sí el más pequeño. A ella le  
gusta mirar hacia el horizonte, pararse en  
medio del jardín y ver más allá de la reja,  
más allá del bosque de avellanos que se  
eleva detrás de su casa.



A mí me gusta mirarla a ella,  
recortada en ese paisaje verde  
y movedizo... ¿qué ve?, ¿qué  
piensa? ¿Sabrá que en medio de  
esos árboles nosotros debemos  
andarnos con cuidado porque  
existen animales tenebrosos,  
que están al acecho, esperando  
el momento para echarse a la  
boca un bocadillo de rata casera?  
Probablemente no tiene idea.

He visto que sacude su cabeza llena de rulos cada vez que algo no le gusta. Yo sacudo mi cola. Ella no soporta que la obliguen ir a comer cuando su madre la llama a la mesa; respira rabiosa, demorando sus pasos con molestia. A mí tampoco me agradan las comilonas forzadas; cuando se corre la voz de que hay choclo en el patio de la cocina o que las manzanas están maduras en el árbol, mis hermanos se abalanzan con un apetito animal que

me desalienta...

Pero, en cambio, cuando se trata de pan calentito...

¡Uf!, soy capaz de correr los peligros más insospechados.

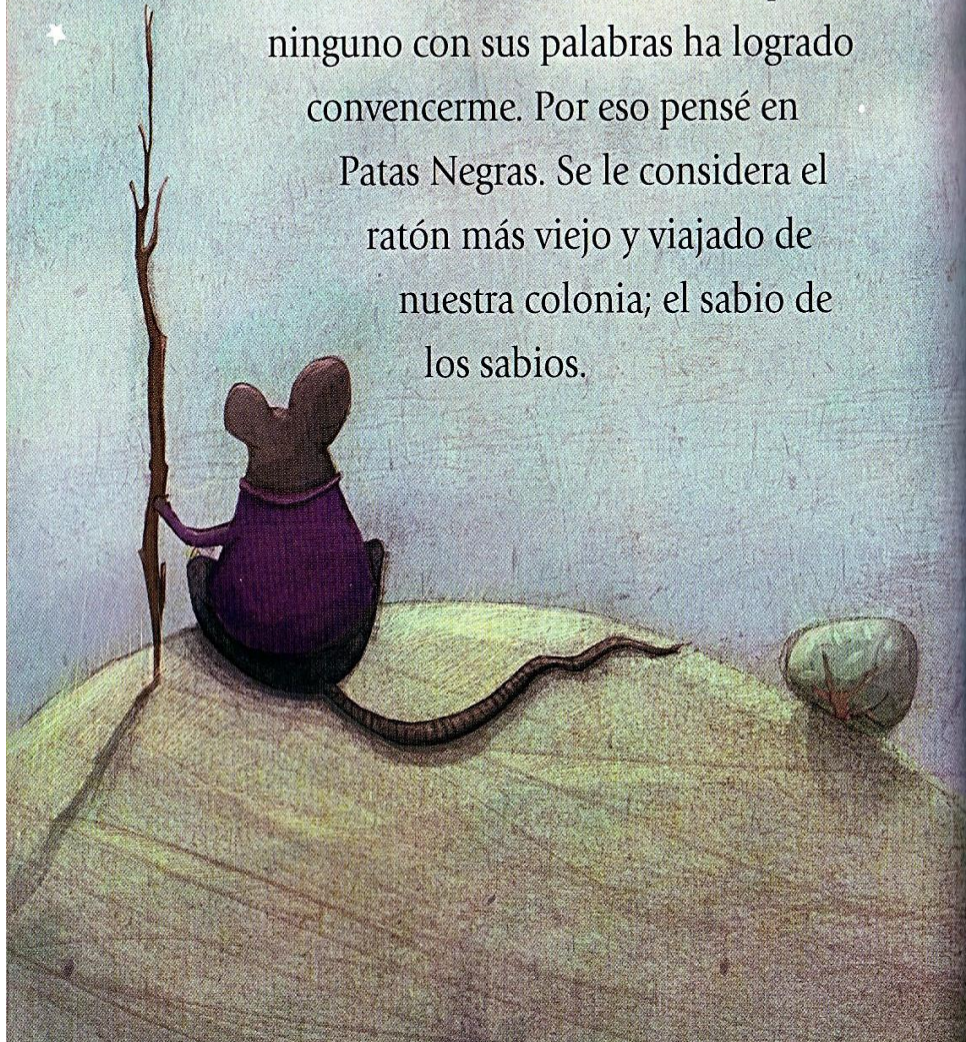


Igual que ella. La he visto entrar a la cocina de puntillas; ¡con qué cuidado mueve sus manos palpando el pan hasta que escoge el bollo más grande y sabroso!

Se lo lleva a la nariz y diría que se sonroja de alegría al sentir su aroma. Luego, mira hacia ambos lados, aguantando la respiración como un buzo bajo el agua y corre hasta su pieza, donde se lo come sola.



Pregunto entonces, dos seres distintos,  
¿necesariamente deben permanecer  
separados? He buscado una respuesta a esta  
duda con muchos sabios ratones, pero  
ninguno con sus palabras ha logrado  
convencerme. Por eso pensé en  
Patas Negras. Se le considera el  
ratón más viejo y viajado de  
nuestra colonia; el sabio de  
los sabios.

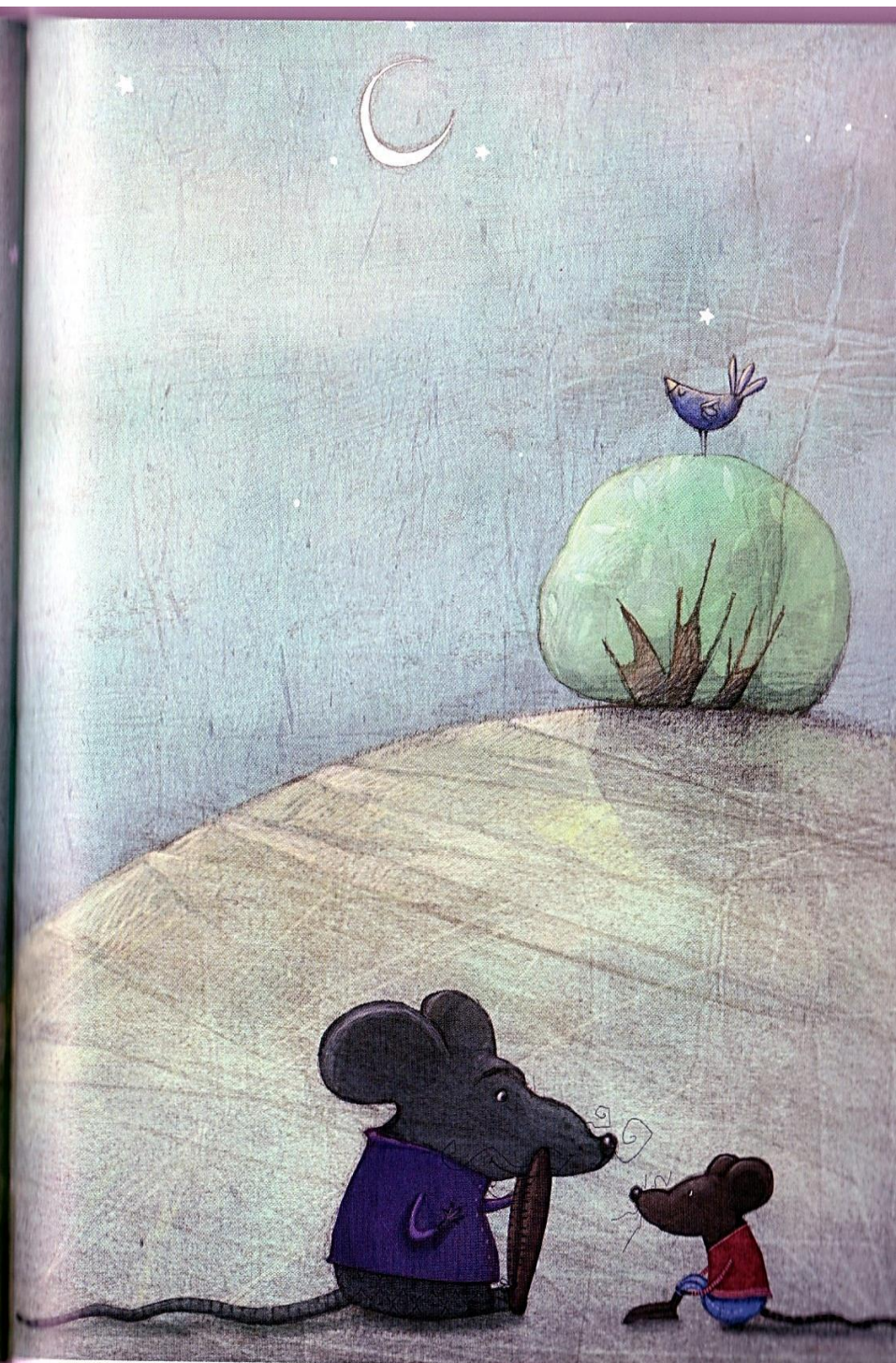


Así es que me las arreglé para que me  
dejaran hacer un turno de noche a su lado.  
Bajo la luz de las estrellas le pregunté:  
—¿Usted cree que las diferencias entre  
los pueblos son un impedimento para la  
amistad?



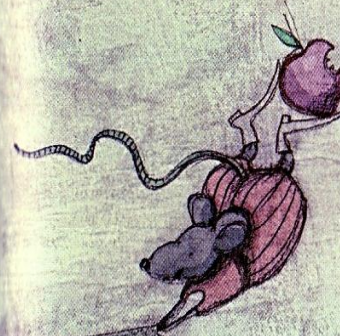
El viejo Patas Negras se dio vuelta a mirarme. Su cuerpo se veía gigante comparado con el mío, pues era más alto que yo por tres o cuatro cabezas, y ¡ni hablar de lo corpulento! Su piel era gruesa como las llantas de un neumático y en el fondo de sus pupilas había un brillo apagado, como si se tratase de dos velas. Levantó las cejas de lado a lado e inclinó la izquierda de tal forma que me sentí amenazado. Pensé que me retaría, pero me equivoqué.

Entonces dijo:





-Hubo una vez una colonia de ratones que vivía tan cerca de los reyes, tan íntimamente apegada a sus dominios, que se decía que no existía en el reino amistad más estrecha que la de hombres y ratones.



El propio rey Cireo, que así se llamaba el monarca, tenía una rata como sirviente personal; era ella quien probaba los alimentos antes que su majestad se los echara a la boca.

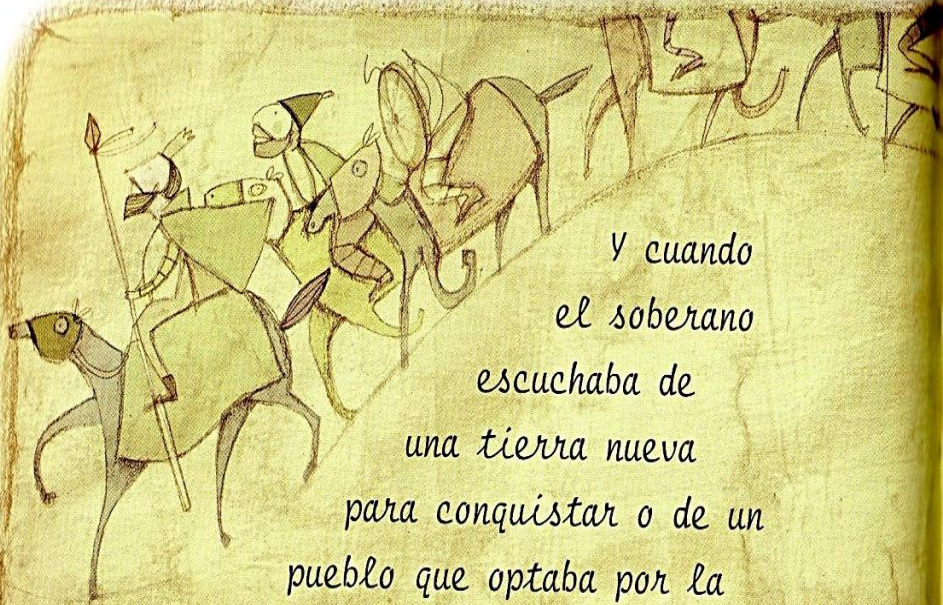
Era, también, quien revisaba su cuarto en busca de serpientes, arañas u otro insecto venenoso que algún súbdito traidor pudiese haber filtrado por su pieza.

Era quien recorría los pasillos minutos antes de que pasara el soberano.

Rey y rata, inseparables, así como se servían, también se amaban.

Cireo mimaba a su rata escudero como a ningún otro sirviente. Dicen que incluso le permitía dormir a los pies de su cama.





Y cuando  
el soberano  
escuchaba de  
una tierra nueva  
para conquistar o de un  
pueblo que optaba por la  
rebelión, partía con su rata.

Pero el destino de su ambición  
llevó a Cireo a emprender una guerra  
contra los montañeses, un pueblo  
nómada, conocido por lo salvaje, y  
que vivía a una medida de dos meses a  
caballo desde el palacio del rey. Era  
una distancia muy grande si piensas  
que para triunfar, el rey debía  
acarrear lanceros, arqueros, jinetes y  
soldados. Los consejeros intentaron



convencerlo para que dejase su  
proyecto a un lado. Y así le hablaron:

-Poderoso rey Cireo, tenéis tierras,  
tenéis un pueblo que os adora, que se  
reverencia ante vos cada vez que os  
paseáis por ahí, ¿por qué insistís en  
tentar vuestro futuro?

Cireo hizo como si no escuchara. La  
ambición le nublaba la vista y se le  
ocurría que aquel pueblo libre en las  
montañas se burlaba de su poderío. Por  
eso le ordenó a su ejército alistarse  
para partir.

Dos años demoró en reunir el número de  
hombres que lo acompañarían más



allá del desierto, a las tierras secas  
y solitarias de los montañeses. Dos  
años en los que soñó con convertirse  
en rey de todo el mundo conocido.  
Y por fin, un gran día, marchó a la  
guerra con todo su enorme ejército.

Los oponentes, no lo supo Ciro hasta  
que los tuvo encima, se escondían  
entre los cerros, y así cuando creía  
haberlos arrinconado en una quebrada  
al sur, se enteraba de que el pueblo  
se refugiaba en el norte. Ciro, que  
además de rey era el mejor guerrero  
que ha conocido la historia, se dio  
cuenta rápido que de esa forma su  
ejército moriría de hambre y sed antes  
de que él alcanzara la gloria.

*Entonces pensó en su rata. Era su sirviente más leal, conocía de sobra las huellas que dejan los hombres y podría llegar hasta los montañeses sin problemas. Nadie desconfiaría de un ratón, ¿no es cierto? Él les mostraría el camino hacia la victoria. Pero Cireo olvidó un pequeño detalle: su sirviente más fiel era una rata, una rata; no un ser humano.*

El viejo Patas Negras interrumpió su relato.

Tan entretenido me encontraba con la historia, que había olvidado por qué estaba ahí... entonces, me acordé de ella; de ella y de nuestras diferencias, y volví los ojos al viejo.

—El sirviente era una rata —con lentitud, repetí lo primero que se me vino a la mente.

—¡Pues claro! Llevaba años viviendo junto al rey, siempre alerta ante el peligro, probando sus comidas o buscando serpientes o animales traidores, pero, ¿qué encontró cuando se fue tras la huella de los montañeses?

Nuevamente el viejo Patas Negras se detuvo y me miró con ojos de rata. No supe qué contestarle y al cabo de un rato continuó:

-Lo que vio fue una tierra de praderas verdes, árboles interminables y un maravilloso cielo del color del mar. Así es que avanzó buscando aquello por lo cual el rey lo había mandado; a saber, algún peligro. Porque eso es lo que buscaba la rata, alguna amenaza para su rey, y caminó y caminó cada vez más adentro. Los montañeses le parecieron unos hombres tan gentiles y bondadosos que descartó de plano que



ese pueblo representara un peligro para Ciro, por lo que siguió su camino adentrándose en las montañas.



El rey Círeo, mientras tanto, lo seguía detrás junto a un extraño grupo de acompañantes: hombres hambrientos, descalzos y de ropas viejas, descoloridas y gastadas.

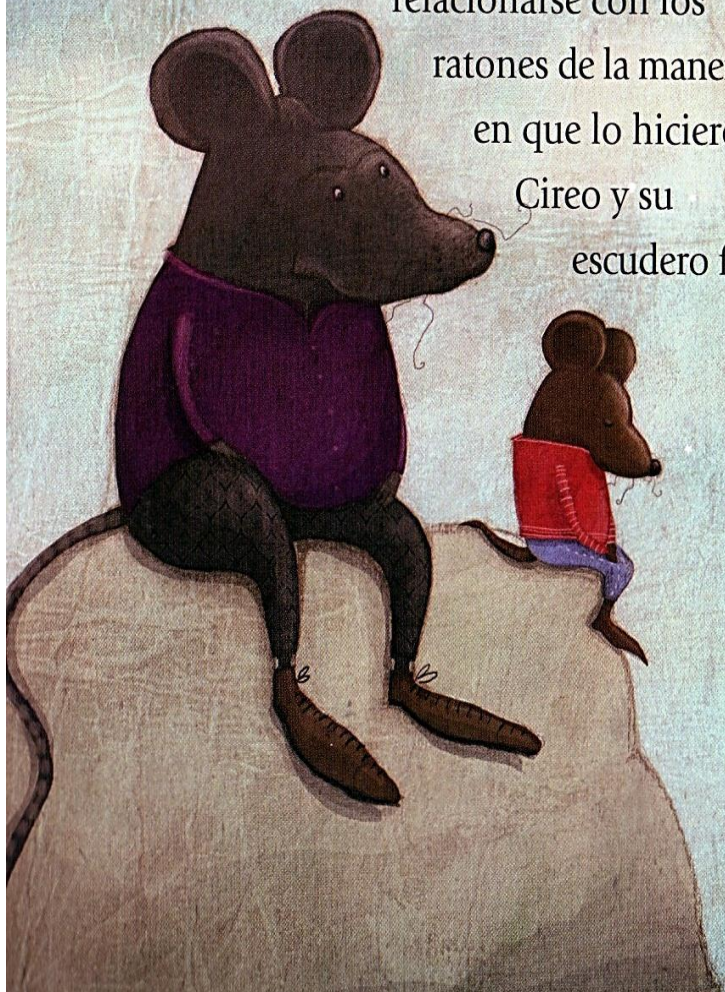
Aunque la ambición le hubiese nublado la vista, en un momento comprendió que estaba perdido. Mandó a avisar a sus tropas que regresarían a casa.

-Y ese fue el final.



-¿El final de Cireo? -pregunté.

-No, fue el final de aquella amistad. Desde entonces los hombres nunca volvieron a relacionarse con los ratones de la manera en que lo hicieron Cireo y su escudero fiel.



Por el contrario, te diría que de generación en generación se ha transmitido aquella desconfianza que surgió en Cireo cuando descubrió que su ratón no actuaba como él esperaba -contestó Patas Negras.

-¡Pero si la culpa no fue del ratón!, todo se debió a la ambición de Cireo... -alegué y se me escapó un suspiro.

El viejo Patas Negras acomodó su cuerpazo hasta quedar sentado en sus piernas traseras. Me estrechó con una de sus patas delanteras y dijo cómplice:

-Te he visto espiar a la pequeña niña...

Sus palabras hicieron que me sonrojara.

-No es malo que quieras aprender de los humanos, pero no pierdas de vista que eres un ratón.

★ -Oh, sí, por supuesto... -dije, intentando cerrar el tema.

-No te me adelantes, chiquillo -continuó el viejo-. Si es que deseas ser su amigo, es importante que recuerdes quién eres.

-¿Su... amigo? -dije y me encogí de hombros.

Le conté a Patas Negras lo difícil que había sido demostrarle a la niña que teníamos

cosas en común, pues ella aleteaba espantada cada vez que me veía. La amistad se me ocurría tan lejana como imposible. El viejo se largó a reír.

-¡Porque olvidas que eres una rata! -exclamó entre risas-. Todo este tiempo te acercas a ella sin mirarte a los ojos. Entonces me dio una idea: que en vez de espantarla

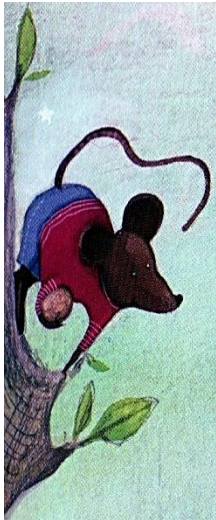


espiándola y mostrándole mis gracias, intentara hacerle regalos y demostrarle mi interés; en otras palabras, conquistar su amistad...

Y fue precisamente lo que hice. Comencé dejando en su ventana cosas que encontraba en el jardín o en el bosque; cosas que me recordaban a ella: una piedra volcánica, semillas de cilantro, ají cacho de cabra y otras especies que veía por ahí. Me di cuenta que ella sabía que era yo el día que me dejó un pedazo de pan crujiente en su ventana. Lo tomé con mucho cuidado, aguantando la respiración como un buzo, y entonces la descubrí sentada en una silla al costado de su cama. De pura impresión di un paso hacia atrás y me hubiese caído ventana

abajo si no es porque gracias a que soy un roedor me sujeté de mi cola y mis dos piernas traseras.





Me disponía a arrancar enredadera arriba cuando ella hizo unos movimientos con sus manos, como si me pidiera que esperara un momento; me quedé mirándola extrañado y ella extendió un dibujo que tenía sobre la mesa.

Me sonrojé de emoción y ella sonrió... y luego subí lo más rápido que pude por la enredadera.





Dicen que somos diferentes.  
Que no podemos vivir juntos, dicen.

Yo creo que podemos ser amigos.